

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8477

DIARIO DE LA NOCHE

TÉLEFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 centimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 466.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Lunes 10 de Febrero de 1890.

## Salicilatos DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

CURAN INMEDIATAMENTE como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de VÓMITOS Y DIARREAS, DE LOS PSICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, DE LOS MILITARES, DE LOS MARINOS, DE LOS VIJOS, DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBARRAZADAS. CATARROS Y ALERGIAS DEL ESTÓMAGO, ENFRIOS, FEBRIS. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE, 3'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigid la firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL:

ALMERIA, FARMACIA VIVAS PÉREZ desde donde se remiten por correo a todas partes enviando 75 cts. más por certificado. POR MAYOR: Madrid, M. Garcia y Sociedad Ibero Universitaria. Barcelona, Sociedad Farmacéutica é hijos de J. Vidal y Ribas, de Alomar y Uriach, Cartagena, Alad y Romero Germanos.

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, ultramar, Buenos-Aires y en toda la América del Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández hermanos y compañía.

## LA SEMANA ANTERIOR.

Vaya bendita de Dios la trascurrida semana, que con sólo su recuerdo cualquiera, lector, se espanta. A porrillo enfermedades, pero enfermedades varias, pues el que no tiene los está constipado en cama, ó sufre una pulmonía ó es víctima de tercianas. Yo no quiero recordar tantas y tantas desgracias como este pizarro invierno ha sembrado por las casas, que entonces esta reseña en un periódico se cambiara. Vaya bendita de Dios la trascurrida semana.

En vez de ir tocando retirada, dejándose sentir que es un primor.

Cualquiera deja hoy la capa, ó el gabán con pieles ó sin ella — con ellas es mejor.

Es preciso cuidarse mucho, porque este mes es muy pizarro. Ya lo dice el refrán y la Sra. Guindilla, una primera tiple que canta sin voz y come sin dientes.

«Consérvate bien Arturo, dice á su hijo, porque si cuando llegas á mi edad necesitas cantar, será ella. En el mes de Febrero no te quites el sombrero, y guárdate de un viento colado al tiempo de colarte las mallas.

En el coro pueda prescindirse de apretar así que te aconsejo que no aprietes; porque no hay nada peor que un acaloramiento en este mes del año.

Yo creo, no obstante, la opinión de la diva, que por mucho que apriete Arturo no se acalorará.

Ayer recorrieron cuatro estudiantinas las calles de esta población.

Cada comparsa vestía trajes distintos, pero todos pedían lo mismo: dinero.

El carnaval, pues, está en puerta.

La compañía de Maizquez cesó de funcionar repentinamente.

Según he oído, unas anginas sin importancia han terminado con la vida del negocio.

El duelo lo despidió el cuerpo de coros, á cuyo beneficio se dió anoche función.

Ignoro si produciría resultado, apesar de que en los semblantes de las chicas que componen aquél se dibujaba la mayor alegría.

Pero como todo, en el teatro, es mentira.

Y apropósito, no puedo más con don Felipe.

¡Cuidado que miente ese hombre!...

Donde quiera que voy allí está él.

Es un grano que me ha salido en la punta de la nariz.

El habla por los codos, con la circunstancia de que no dice una palabra de verdad.

Yo creo que él llega á dárle crédito á sus mentiras, en cuyo caso será el único que las cree.

De todo lo que se habla, absolutamente de todo, entiende con rara perfección.

Aquello que ha visto otro, por grandioso que sea, es nada al lado de lo que él vió en París, donde nunca ha estado, ó en Londres, que tampoco lo ha visto.

Pero sobre todo: en su pueblo ha visto D. Felipe cosas grandiosísimas, y le han ocurrido escenas aterradoras.

Yo creo que desde que tiene el uso de la palabra hasta el día, y va en los sesenta años, no ha dicho aun ni una sola verdad, por gracia.

Montaba un caballo cuando tenía treinta años, me decía anoche, que cuando le representaba un poco en elevaciones, ponía la cabeza en los segundos pisos.—«¡Buena!»—le digo yo, y él mirándome como con lástima, me contestó que yo no sabía una jota de caballos.

El otro día decía un señor bastante ilustrado, que el teléfono era un adelanto que hacía honor al siglo presente, y que no menos lo daría ese nuevo aparato que por medio de espejismos hábilmente preparados, y con el motor de la electricidad como el teléfono, hacia vez la imagen que se ponía al aparato á grandes distancias, deduciendo que con uno y otro á su vez se había logrado hacer nulas las ausencias.

D. Felipe estaba intranquilo porque no había metido la pata, pero así que pudo, tomó la palabra, y dijo así:

—Eso y algo más he visto en mi último viaje.

«Al llegar yo á Marsella, procedente de París, me atacó una neuralgia en la boca, que me tenía en un grito. Como en París había conocido un dentista de fama europea, me fui al teléfono y lo llamé al habla: consulté mi estado, y pasando después al aparato ocular, me estuvo viendo las muelas, aconsejándome por último la extracción de dos de ellas. Pasé al tercer aparato, y me extrajeron los dos huesos; después me limpió la boca, le pagué y me quedé tan bueno. Ya ven ustedes que desde Marsella á París hay distancia.»

El señor que estaba presente y yo dudamos un momento entre si llevarlo á los tribunales ó dejarlo, concluyendo por lo segundo.

Indudablemente es una falta que merece castigo, el llamar á uno bestia á todas horas del día, porque el cortarle semejan-

tes invenciones es negarle toda clase de raciocinio.

D. Felipe no tiene rival para mentir: yo le he solido dirigir algunas indirectas por ver si lograba traerlo al buen camino, y no he conseguido nada.

Me hablaba un día de la gran cruz que le concedieron por la epidemia que hubo en su pueblo, y yo que sé con certeza que es una mentira como todo lo que habla, le dije: «Yo podía pedir la concesión de otra gran cruz, por oír á usted diariamente y tener que callar, por coglesia, pero pienso que ya la tengo solo con ese hecho.» «No le parece á usted, D. Felipe, que escuchar á pasto tanta mentira, es una cruz grande que me ha concedido usted porque sí, sin que yo la merezca?», pues una cruz grande y una gran cruz, es lo mismo en mi concepto.

La enfermedad de D. Felipe no tiene cura.

La verdad es un mito para ese caballero.

Yo creo que le engorda la mentira.

En una ocasión dijo que se casaba, porque no le acomodaba la vida de viudo.

Dió parte del casamiento con una doña X que nadie conocíamos.

D. X resultó que no existía, y él que era casado, divorciado de su mujer á petición de esta última.

De su demanda de divorcio la fundaría en el desenfrenado flujo de mentir de su marido.

La mentira debe ser un vicio como el de la borrachera.

D. Felipe mintiendo es un genio que bien merece ocupar un distinguido lugar en la historia contemporánea

J. Y H

## Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

SOLDADO

## Charada

Prima segunda tercera, que es igual á tres dos prima, da una fruta muy sabrosa pero que á mí no me priva

A. A.

La solución en el número próximo.

## LOS QUE SE VAN

COSAS DE MARIANO FERNANDEZ

¡Pobre Mariano! Uno más ó uno menos. Adelante, y á esperar nuestro turno. No vengo á hacer su eldgo; todos le conocían y apreciaban su talento como actor y su rectitud como caballero; pero amigo íntimo de mi familia desde hace más de cuarenta años, he tenido ocasión de recoger muchas de sus genialidades, y hoy le ofrezco al público algunas de ellas, rindiendo con ello un merecido tributo de admiración á aquel ingenio que, tanto como en la escena, brilló en el teatro de la vida.

Su inventiva era inagotable; su percepción rápida; la manifestación siempre justa; nada escapaba á su observación.

Recuerdo que en una magia en que figuran las fraguas de Vulcano, uno de los comparsas, por frío ó por negligencia, se puso la botarga

con que simulaba el desnudo, por encima de la camisa, cuyo cuello almidonado se destacaba sobre el fondo rosa como una faja de mantecado en un sorbete de arlequin. Al oír las risas de los espectadores, Mariano, que no se había dado cuenta de ello, reparó en el individuo y

—Es verdad,—exclamó condensando la idea del público—Este ciclope se ha puesto la camisa entre cuero y carne.

Otra noche acababa de representarse con mucho éxito una comedia del teatro antiguo. Las galerías, poco versadas en cronologías dramáticas, se pusieron á llamar al autor. Mariano hizo levantar la cortina, y adelantándose al proscenio, dijo:

—Señores: la obra que hemos tenido la honra de representar es de D. Pedro Calderón de la Barca; pero el autor no puede presentarse porque hace doscientos años que se murió.

Las improvisaciones no eran la traslucción más ó menos rápida del concepto á la forma, sino la explosión simultánea del pensamiento y la rima.

Cuando empezaba el primer verso de una canción no sabía lo que diría en el último ni cómo lo diría; y, sin embargo, la acababa, y acababa bien, siempre agudo, nunca agresivo. Meterse con todos, eso sí; desoedías en línea recta de Aristófanes en lo de personalizar, pero sin herir.

Recuerdo que en una función dada á su beneficio en Valencia, allá por 1850, representó una obra titulada «Los soldados del rey de Roma», en la que figuraban soldados valerosos, vestidas de soldados, que hacían el ejercicio y una multitud de saadeces más; de aquellas que tanto entretenían á nuestros padres. Para fin de fiesta se dió «La venta del Puerto», y excuso decir que la justa estudiantina se tuvo que repetir ininidad de veces. Una de las coplas fue la siguiente, entrecruzada á la dulce compañera de su vida, que ocupaba un palco principal:

Yo que tengo una mujer, que me apura como hay Dios, ¿cómo me habré visto aquí maneando á veintidós?

Algunos años más tarde se representó en Madrid la comedia de magia «Los polvos de la madre Celestina», ejecutada por Romá, Arjona y todas las partes principales de la compañía.

Para dar algún descanso á los actores, se encargaron de ciertos papeles otros artistas, entre los cuales, D. Enrique Arjona, que substituyó en el de «Nicodemus» á su hermanito D. Joaquín, del que se distinguía por su inferioridad artística, por su mayor estatura y por el desarrollo de su apéndice nasal. Empezó la jota, y Mariano cantó así:

El poder de aquestos polvos ya se ha visto en Nicodemus, pues desde anoche ha crecido veintidós palmos lo meidós. Como el tomar los polvos es por aquí, lo que más le ha crecido es la nariz; si otro par de polvos llega á tomar, hasta Arjona le van á llegar.

En otra ocasión, también muy remota, formó parte de una compañía á la que la empresa estaba debiendo muchas quincenas, como se decía entonces.

Al empezar el sainete «El sutil tramposo», se propaló la noticia oficial de la quiebra de teatro, y cuando la mujer del protagonista pregunta á su marido:

—¿Y cómo puedes dormir teniendo trampas y deudas?